

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS ANTE LA CUESTIÓN MEXICANA—1855-1868

James W. CORTADA

EL TEMA DE la intervención francesa en México durante la década de 1860 sigue siendo objeto de múltiples discusiones e investigaciones. Los aspectos diplomáticos han sido examinados repetidamente, tanto desde la perspectiva francesa como de la mexicana, a lo que hay que añadir los estudios realizados —tal vez en una forma menos acabada— por algunos norteamericanos y británicos. Sin embargo, una gran parte de esta historiografía no parece captar el significado fundamental de los hechos en su totalidad, que no está basado tanto en los conflictos entre México y Francia —tal es el enfoque tradicional— cuanto en el más amplio asunto de la rivalidad internacional en el Nuevo Mundo. El significado de toda la cuestión radica precisamente en que cabe dentro de un contexto mucho más amplio.

La historia diplomática del Nuevo Mundo en el siglo XIX puede resumirse convenientemente señalándole dos grandes líneas de desarrollo: la primera, el establecimiento de relaciones interamericanas, esto es, entre naciones de las Américas; y segundo, la lucha por impedir la influencia y el dominio europeo en el hemisferio occidental. En tanto que la primera línea de desarrollo continúa marcando las relaciones entre los estados americanos en el siglo XX, el objetivo de repeler la influencia europea en América Latina y en Norteamérica obtuvo resultados simbólicos con la terminación de la guerra hispano-americana de 1898. El poder de Estados Unidos se desarrolló en el siglo pasado en menoscabo de la influencia británica, francesa y española en el Nuevo Mundo. A lo largo del siglo XIX una gran parte

de la rivalidad por alcanzar la hegemonía política, económica, diplomática, militar, y hasta cierto punto cultural, en el Nuevo Mundo, se dirimía entre Inglaterra, Francia y España por una parte, y los Estados Unidos por otra. Hay que añadir que, desde un punto de vista geopolítico, el campo de batalla era usualmente el Caribe y la parte central de América Latina, incluyendo a México.

Para dar una definición más específica de esta constante lucha geopolítica notemos que, hacia la mitad del siglo XIX, gran parte de esta rivalidad se entabló entre España y Estados Unidos. Desde la década de 1840 hasta finales de la de 1860 ambos compitieron vigorosamente en Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y México. Había oportunidades y riesgos en ambos lados, y esto aceleró la rivalidad. Los Estados Unidos sufrieron una guerra civil (1861-1865) que debilitó temporalmente a la nación al tiempo que España tuvo la habilidad de propiciar una política aún más proteccionista en las colonias que todavía conservaba. Una lectura cuidadosa de los archivos diplomáticos de Francia, Inglaterra, España y Estados Unidos nos muestra que las consideraciones económicas, así como también la muy seria cuestión de la esclavitud, estimularon esta competencia en Cuba y Santo Domingo. En México, la inestabilidad política y la potencialidad económica atrajeron el interés de las grandes potencias.

Vistas las cosas dentro de este amplio contexto de la rivalidad entre el Viejo y el Nuevo Mundo para obtener un control de los destinos americanos, tenemos una muy clara muestra de que la participación de México en las décadas de 1850 y 1860 es importante, relevante y eminentemente crítica para la comprensión de la naturaleza y las consecuencias de la diplomacia americana y europea. Una de las más fáciles y más importantes maneras de definir la naturaleza del papel desempeñado por México es la de observar la rivalidad que había entre Estados Unidos y España en lo tocante a México, basándose fundamentalmente en el análisis diplomático para definir las cuestiones. La validez que

tiene este enfoque de la cuestión mexicana es que nos permite aclarar algunas malas interpretaciones respecto a los móviles de España y Estados Unidos en sus relaciones con México y definir con más exactitud la participación de México en las cuestiones latinoamericanas.

Debemos tener en cuenta el hecho de que el interés internacional por México se presentó simultáneamente a la competencia por Santo Domingo y otros lugares. Por un lado, México, que había formado parte del imperio español, seguía atrayendo la atención de España; por otro lado, los Estados Unidos tenían un gran interés en México porque los dos países compartían sus fronteras. La expansión estadounidense hacia el sudoeste del continente norteamericano ya había provocado una guerra con México en 1846-1848, asunto perturbador para España, que temía que Washington pudiera eventualmente ocupar todo el territorio de México si nada se hacía para detenerlo. Más aún, la inestabilidad política de México dio como resultado la acumulación de deudas y reclamaciones por reparación de daños a favor de España. El asesinato de un ciudadano español provocó otra nueva preocupación en Madrid. La confluencia de reclamaciones, preocupaciones e inquietudes políticas dio origen a que México se convirtiera en otro campo de batalla dentro del continuo conflicto diplomático entre Madrid y Washington.

Aun antes de que estallara la guerra civil de México en 1857 cada una de estas dos potencias tenía la preocupación de que la otra estuviese tratando de invadir México o cuando menos de establecer un gobierno favorable a sus intereses. Por ejemplo, antes del derrocamiento del presidente Antonio López de Santa Anna en 1857 los rumores de las intrigas españolas ya habían llegado a Washington. Los Estados Unidos estaban constantemente preocupados con esta clase de noticias, aunque sus autoridades recelaban de la veracidad de estos reportes, pues de hecho las relaciones hispanomexicanas se estaban deteriorando y no era imposible que condujeran a la situación inversa, es decir, a una guerra entre las dos naciones latinas, en cuyo caso los Estados Unidos se

verían obligados a intervenir en virtud de los principios de la doctrina Monroe. Madrid se había visto, en un momento dado, cortejado por Santa Anna para formar una alianza que resultaría hostil a los Estados Unidos, pero esta sugerencia se vio rechazada por la posibilidad de que condujera a un conflicto. Los británicos y franceses también se negaron a aportar su cooperación. En junio de 1856 el representante británico en Madrid informó que los españoles esperaban que Inglaterra y Francia distrajeran la atención de los Estados Unidos con una pequeña crisis en Centroamérica, de manera que España pudiera ampliar su influencia en México utilizando hombres y suministros de Cuba.¹

La situación internacional se vio afectada por la seria inestabilidad política por la que atravesó México entre 1855 y 1857. En febrero de 1857 entró en vigor una nueva constitución que adoptó muchos aspectos de la de Estados Unidos, con lo que se puso de manifiesto ante los europeos el alcance de la influencia que tenía Norteamérica en ese país. El gobierno de Washington apoyó el régimen liberal de Benito Juárez, para la mayor consternación de España, que se oponía a un gobierno de esa naturaleza en México. Cuando Buchanan asumió la presidencia la prensa española llegó a publicar que este hombre estaría dispuesto incluso a apoyar a México en contra de los intereses de España.²

Las relaciones entre España y México se deterioraron rápidamente durante la segunda mitad de la década de 1850. Las deudas que España reclamaba no fueron pagadas y los súbditos españoles se quejaban de malos tratos y aun de ver a sus amigos y familiares asesinados. En un intento por satisfacer las crecientes exigencias públicas de los españoles en el sentido de hacer algo con respecto al problema mexicano, una flota española se dirigió a Veracruz en 1856 con el pro-

¹ MANNING, 1939, pp. 750-754, 771-776; Bock, 1966, p. 28; Howden a Clarendon (4 jun. 1856), en PRO, F.O.72, vol. 893. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

² MANNING, 1939, pp. 913-914.

pósito de presionar a los mexicanos para cumplir sus obligaciones. Al año siguiente España exigió reparaciones por la muerte de varios españoles. Después, en febrero de 1858, el ministro español del Exterior notificó a su representante en Washington que si los españoles no podían contar con seguridades en México, España procedería a enviar fuerzas navales y terrestres para protegerlos. Muy poco tiempo después las relaciones diplomáticas con México fueron suspendidas. El representante español en Washington dejó saber que España buscaba solamente impedir la pérdida de vidas en la guerra civil que tenía lugar entonces. El gobierno norteamericano reconoció el derecho de España para enviar barcos a México, pero únicamente con aquel propósito; en efecto, Madrid no tenía intenciones, en la primavera de 1857, de imponer un rey español en un trono mexicano, por lo que era infundado el temor que tenían los americanos de que esto fuera cierto.³

Los ingleses temían que la inestabilidad política de México y la preocupación de Washington por la política española dieran a los Estados Unidos la excusa necesaria para extender su poderío sobre territorio mexicano, lo que era peor todavía, apoderarse de Cuba y por consiguiente romper el delicado equilibrio de poder que había entonces en el Caribe. Los intentos de William Walker en Centroamérica ocupaban ya su atención, así como también las gestiones de los americanos y de los franceses. Por consiguiente, los gobiernos de Londres y París sugirieron a España que arreglara rápidamente sus diferencias con México, antes de que se suscitara una crisis de mayor importancia. La creencia en un posible imperialismo norteamericano se difundió constantemente, al parecer debido a que la prensa discutía abiertamente el asunto, y esto con gran disgusto y consternación de los diplomáticos españoles, ingleses y franceses. Concre-

³ Marqués de Pidal a Escalante (15 feb. 1857), en DS, *Notes, Spain*, vol. 16; Tassara al ministro del Exterior (6 abr. 1857), en AAEM, *Correspondencia*, EE.UU., leg. 1468.

tamente, el efecto fue el de dar un tenso sentido de urgencia a las sugerencias de los ingleses.⁴

Los informes que llegaban a Washington acerca de las intrigas europeas no eran menos molestos para los norteamericanos. El cónsul en La Habana dijo que España, Francia e Inglaterra estaban "tratando de invalidar nuestro poder e impedir nuestra influencia", y difundió la creencia de que Madrid enviaría de nuevo a Santa Anna a México para establecer un gobierno favorable al de España. El representante norteamericano en Madrid llegó a opinar que "no hay acción, por más estúpida y disparatada que sea, que no esté ya preparado a ver cometida por España o por México". Los intentos anglofranceses por ayudar a los españoles a zanjar sus diferencias con México en forma pacífica encontraron la aprobación del gobierno norteamericano y, finalmente, también la de Madrid al finalizar el mes de julio.⁵ España exigía, por entonces, un castigo para aquellos que habían dado muerte a súbditos españoles, pedía la sumisión incondicional de México a un tratado referente a la deuda que había sido negociado con anterioridad, y requería el pago por reparación de daños a los españoles que habían sido afectados. España había aceptado de mala gana la mediación, más para darle gusto a Francia y a Inglaterra que para negociar las reclamaciones. Sin embargo se sabía que España quería demorar un arreglo definitivo hasta no ver más claro el resultado de la lucha de Santa Anna por el poder en México.⁶

El *Times* de Londres aseguró que el gobierno español estaba decidido a obtener satisfacción por las deudas y los crímenes. Un periódico español, expresando la opinión de voces autorizadas, especuló con la idea de que si México

⁴ Howden a Clarendon (30 abr. 1857), en PRO, F.O.72, vol. 915; Tassara al ministro del Exterior (14, 20 abr., 2 mayo 1857), en AAEM, *Correspondencia*, EE.UU., leg. 1468.

⁵ Blythe a Cass (16 mayo 1857), en DS, *Desp.*, Havana, vol. 36; Dodge a Cass (25 jul. 1857), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 40.

⁶ Dodge a Cass (3 ago. 1857), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 40.

también debía dinero a Estados Unidos, Washington podía proponer una cesión de territorio a cambio de la cancelación de todas las deudas, cosa que España no podía tolerar. Para lograr esto —advirtió— el presidente Buchanan podría tal vez alentar una guerra entre España y México. Ferrer de Couto, un destacado exponente español del hispanismo, dio a conocer el punto de vista de muchos ultraconservadores al sugerir que España debería imponer un protectorado en México con objeto de poner un alto al imperialismo norteamericano. El ministro francés Turgot se enteró en Madrid de que el capitán general de Cuba, José Gutiérrez de la Concha, estaba convencido de que Estados Unidos procedería a avanzar en México o en Cuba, y había pedido refuerzos militares.⁷

En 1858 la preocupación de España por México fue en aumento. La reina Isabel II tocó el asunto durante su mensaje de enero a las cortes de Madrid, diciendo que era una vergüenza que España no pudiera obtener la satisfacción de sus reclamaciones. Aparentemente, los españoles consideraban verdaderamente peligroso el hecho de no llegar a un arreglo, a pesar de los informes británicos en el sentido de que el asunto mexicano se dirimía “entre España y Estados Unidos” en forma tal que Madrid parecía “no darse cuenta de los peligros de esta situación”. Como de costumbre, el representante británico en Madrid se quejó de que España creía que los gobiernos de Londres y París protegerían a Cuba de los Estados Unidos, dejando por consiguiente a los españoles ante la opción de mantener relaciones mediocres con México. Sin embargo, puesto que el problema mexicano tenía repercusión nacional y constituía una cuestión de honor para España, la renuencia de México a aceptar un arreglo definitivo de la deuda resultó ser un asunto irritante y políticamente embarazoso para Madrid.

⁷ *The Times* (Londres, 6 jun. 1857), p. 10; *El Diario Español* (1^o jul. 1857), p. 1; FERRER DE CUOTO, 1861, pp. 293-345, 353-359; Turgot a Walewski (17 jun. 1857), en AMEP, *Politique*, Espagne, vol. 850.

Algunos miembros ultraconservadores de las cortes hablaron de la posibilidad de una guerra contra México, pero los partidarios del régimen, incluso los miembros de las facciones democráticas, desviaron este propósito. El ministro norteamericano Dodge reportó también que los españoles, en principio, aprobarían el regreso de Santa Anna al poder en vista de sus opiniones favorables a España, y de su "muy conocida hostilidad" hacia los Estados Unidos.⁸

Durante la primavera se habló mucho en los Estados Unidos, tanto en el gobierno como en la prensa, de un posible protectorado, dado que no se había podido concluir ningún arreglo diplomático en lo tocante a las deudas mexicanas que importaban millones de dólares. Los problemas de España en México, aunados a la posibilidad de establecer alguna forma de protectorado, aumentaron la preocupación de los norteamericanos. El ministro francés en México, Alexis de Gabriac, escribió a París que "el actual estado de descomposición en que se encuentra México inspira extensos y numerosos artículos en la prensa de los Estados Unidos acerca de la necesidad de un protectorado". En julio Gabriel Tassara, representante español en Washington, informó a su gobierno que a causa de que las relaciones entre Estados Unidos y México estaban a punto de romperse se incrementaría la influencia francesa en el país centroamericano [sic].⁹

Frustrada por no haber conseguido resolver sus diferencias con México, España se abstuvo de tomar una decisión definitiva. Dentro de su línea de comportamiento cauteloso en lo tocante a los asuntos latinoamericanos, España tenía aún esperanzas de lograr un entedimiento pacífico. El 7 de octubre el ministro de relaciones exteriores de España, Cal-

⁸ BERTRAND, 1955, p. 26; Howden a Malmesbury (9 mar. 1858), en PRO, F.O.72, vol. 935; Dodge a Cass (13 mar. 1858), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 41.

⁹ DÍAZ, 1964, II, pp. 12-13; Tassara al ministro del Exterior (20 jul. 1858), en AAEM, *Correspondencia*, EE.UU., leg. 1469.

derón Collantes, le dijo al representante británico, lord Howden, que "España no tenía intenciones de interferir en los asuntos internos de México, y que por lo tanto los Estados Unidos no tendrían ninguna excusa para tomar las mismas medidas que ella pudiera adoptar". Pero esto apenas contribuyó a que cesaran los rumores acerca de la posibilidad de que España enviara una expedición a México.¹⁰

En noviembre Leopoldo O'Donnell, primer ministro español, perdió finalmente la paciencia con México. Los asuntos que no se habían podido resolver estaban proporcionando armas políticas a sus opositores. Otros asuntos domésticos requerían solución, y como éstos tampoco parecían resolverse el primer ministro quería obtener un triunfo diplomático que mejorara su imagen. Así, el gobierno tornó más enérgicas reclamaciones a México, y afirmó ante los representantes inglés y francés que la anarquía que reinaba en México no constituía ninguna razón para dejar de pagar la deuda o para excusar la muerte de los súbditos españoles. Si no se veían resultados inmediatos en el frente diplomático, España usaría cualquier medio para arreglar estos problemas. O'Donnell dejó saber a ambos diplomáticos que las fuerzas militares estacionadas en Cuba eran suficientes para descartar cualquier duda acerca de sus posibilidades para defender la colonia de una eventual invasión norteamericana durante sus gestiones con México. Sin embargo, aseguró que no procedería a una acción inmediata con objeto de dar a Londres y París tiempo suficiente para negociar un acuerdo.¹¹

Poco tiempo después España decidió efectuar el envío de

¹⁰ Buchanan a Malmesbury (7 oct. 1858) en PRO, F.O.72, vol. 939; CALLAHAN, 1899, pp. 299-300.

¹¹ Buchanan a Malmesbury (7 nov. 1858), en PRO, F.O.72, vol. 940; Fournier a Walewski (9 nov. 1858), en AMEP, *Politique*, Espagne, vol. 852. Francia accedió a mediar en los problemas españoles para evitar que los Estados Unidos invadieran México. Turgot a Walewski (10 jun. 1856), en AMEP, *Politique*, Espagne, vol. 848; Turgot a Walewski (10 jun. 1858), en AMEP, *Politique*, Espagne, vol. 850.

un contingente naval a México para proteger la vida de los españoles, forzar a México a pagar por reparación de daños, y cobrar sus deudas. El ministro de relaciones indicó que España no afectaría la "integridad" de México. La información de que disponemos confirma efectivamente que España no quería conquistar a México. El riesgo de un conflicto armado con Estados Unidos y la amenaza que eso implicaba para Cuba, aunado esto a la posibilidad de que el régimen no obtuviera apoyo interno para un conflicto de esta naturaleza, nos muestra que solamente para efectos diplomáticos se podía creer que semejante amenaza existiera. Además, cuando se planeó, esta intervención tomó solamente la forma de una pequeña unidad naval tras la que no se enviarían soldados. Obviamente hubiera sido imposible conquistar a México con sólo eso, y el hecho hubiera significado un esfuerzo considerable y un gran riesgo para España.¹²

Como era de esperarse, la reacción de Estados Unidos fue la de indagar los verdaderos móviles de España. Una información del Departamento de Estado anunció que Washington no permitiría "el sojuzgamiento de ninguno de los estados independientes del continente por las potencias europeas, ni tampoco el ejercicio de un protectorado impuesto sobre ellos". El enviado norteamericano en Madrid predijo que O'Donnell, con su "testarudez y determinación proverbiales", no daría marcha atrás por la sencilla razón de que cualquier cosa que no fuera una decisión hecha con firmeza podría causar la caída de su gabinete. Entretanto, los españoles continuarían ofreciendo su apoyo al partido conservador que confrontaba a Juárez y a sus partidarios liberales en la guerra civil de México.¹³

A principios de diciembre los diplomáticos norteamericanos llegaron a la conclusión de que España difícilmente

¹² Ministro del Exterior a Tassara (20 nov. 1858), en AAEM, *Correspondencia*, EE.UU., leg. 1469; MANNING, 1939, pp. 956-958; Fournier a Walewski (1º dic. 1858), en AMEP, *Politique*, Espagne, vol. 852.

¹³ MANNING, 1939, pp. 229-230, 956-958.

podría hacerse cargo de una invasión de México en gran escala dado el riesgo de una guerra con Estados Unidos, el costo en dinero y en vidas, y el inevitable deterioro de la influencia española en la América Latina. Por otra parte, se creía también que el derrocamiento del gobierno mexicano "estaba evidentemente más allá de sus posibilidades". El presidente Buchanan, en su segundo mensaje anual al congreso, en los primeros días del mes, irritó a los españoles cuando dijo: "No puedo imaginarme otro remedio para estos males. . . que el de que los Estados Unidos establezcan un protectorado temporal en la parte norte de Chihuahua y Sonora, erigiendo en estos lugares puestos militares". Esta proposición tuvo tan mínima aprobación por parte del congreso como la solicitud que hizo simultáneamente para obtener fondos con objeto de comprar Cuba.¹⁴

Buchanan envió entonces a México a Robert M. McLane como ministro para negociar con el gobierno que controlara entonces la mayoría del país, ya fuera el régimen conservador de Miramón en la ciudad de México o el de Juárez en Veracruz. En abril de 1859 McLane optó por extender el reconocimiento diplomático a Juárez, favorito del entonces secretario de Estado, Cass, e inmediatamente empezó a discutir un convenio comercial y la venta de la Baja California a Estados Unidos. Para el mes de diciembre las conversaciones habían llegado al punto de bosquejar un tratado que permitiría a las tropas norteamericanas pasar a través del territorio mexicano, estimularía favorablemente las relaciones comerciales, y aseguraría la intervención de Washington en los asuntos mexicanos en caso de ser requerido "para hacer cumplir las estipulaciones del tratado y para mantener el orden y la seguridad". Los Estados Unidos, a su vez, estuvieron de acuerdo en dar por liquidada la deuda de dos millones de dólares que México tenía con sus ciudadanos.¹⁵

¹⁴ MANNING, 1939, pp. 230-231; RICHARDSON, 1897, v, p. 514.

¹⁵ BOCK, 1966, pp. 35-37.

Algunos días antes de que este tratado unilateral fuese redactado en forma definitiva, Buchanan envió su mensaje anual al Congreso pidiendo autorización para mandar tropas a México con objeto de prevenir una ocupación europea. Tassara condenó su discurso y más tarde también lo hizo con respecto a la proposición del tratado McLane-Ocampo. Madrid observaba de cerca el desarrollo de las relaciones entre Estados Unidos y México en 1859, preocupado porque Washington pudiera impedir que España recibiera debida satisfacción a sus reclamaciones. En el curso de ese mismo año España y México también negociaron un efímero tratado de reclamaciones, en el que pusieron su empeño tanto los franceses como los ingleses, que querían apartar de España cualquier pretexto para invadir México e incrementar su influencia en América Latina. Pero el hecho no menguó la intranquilidad de los españoles, porque habiendo dos gobiernos en México parecía difícil que el país pudiera cumplir sus obligaciones. Ninguno de los gobiernos mexicanos tenía suficientes fondos para pagar a ningún acreedor. El representante británico en Washington temía que Buchanan pudiera apoderarse tanto de Cuba como de México, ya que la atención de Europa se concentraba entonces en la guerra entre Austria y Cerdeña. Lord Lyons notó más tarde que los prudentes de entre los funcionarios norteamericanos abrigan serias dudas sobre tal ocupación, ya fuera por temor a la reacción europea o por sus efectos dentro de Estados Unidos.¹⁶

Hacia mediados de ese año Calderón Collantes llegó a la conclusión de que España tendría que hacer algo más que simples negociaciones si quería recibir las debidas satisfacciones que exigía a los mexicanos, quienes habían suspendido los pagos de su deuda externa. Las relaciones con México habían estado interrumpidas por dos años, y el ase-

¹⁶ Tassara al ministro del Exterior (3 ene. 1860), en AAEM, *Política*, EE.UU., leg. 2403. Los despachos están resumidos en NEWTON, 1913, 1, pp. 13-15.

sinato de algunos españoles permanecía sin castigo. Ciertos políticos españoles, entre ellos el general Juan Prim, pedían una acción más severa. En julio Calderón Collantes propuso a ingleses y franceses una triple intervención en México. Londres dijo no. Pero París demostró mayor interés y en consecuencia los ingleses, en 1860, queriendo estar a la altura de la situación, aceptaron cooperar en el proyecto con la condición de que no se usara la fuerza. A lo largo de estas conversaciones Calderón Collantes insistió repetidamente en la preocupación de su gobierno por una posible ocupación por parte de Estados Unidos, y cuando las negociaciones del tratado McLane-Ocampo fueron conocidas insistió todavía más, abogando por alguna forma de intervención europea.¹⁷

En tanto que los españoles empezaban a discutir la intervención, el tratado ocupaba la atención de la prensa española y norteamericana. Tassara, basándose en los comentarios de la prensa local, predijo que no sería aprobado por el senado. Ferrer de Couto acusó a los Estados Unidos de entrar ilegalmente en tratos con un gobierno pirata. *La Regeneración* publicó en su editorial que "el tratado no dice, en resumen, que Juárez vende todo México, física y políticamente, a los Estados Unidos, por ningún precio". Oficialmente España se mantuvo en silencio esperando los resultados de las discusiones en el congreso. El senado rechazó el tratado el 31 de mayo de 1860 dando así por terminado un problema para España, pero esto tranquilizó muy poco a algunos funcionarios que no dudaban que Buchanan ensayara algo diferente.¹⁸

Ingleses, franceses y españoles pasaron el resto del año de 1860 discutiendo qué hacer con México. Calderón Collantes quería que Estados Unidos se mantuviera fuera del país, y

¹⁷ Bock, 1966, pp. 42-55.

¹⁸ Tassara al ministro del Exterior (14 feb. 1860), en AAEM, *Política*, EE.UU., leg. 2403; FERRER DE CUOTO, 1861, p. 468; *La Regeneración* (13 mar. 1860), p. 2; DÍAZ, 1964, II, pp. 153-157.

favorecer el establecimiento de un gobierno estable y conservador que pudiera cumplir con sus compromisos. Después del rechazo del tratado los ingleses propusieron a Francia y España que Estados Unidos fuera invitado a participar en cualquier conversación conciliadora que pudiera eventualmente efectuarse con los mexicanos. Washington manifestó que rehusaría considerar una invitación semejante, ya que esto podría poner en peligro el gobierno de Juárez. Las dos facciones mexicanas también rechazaron las proposiciones mediatorias inglesas.¹⁹

El primero de septiembre Tassara habló con el secretario de Estado norteamericano acerca de la posibilidad de que un escuadrón español pudiera desembarcar en Veracruz; se le contestó que el secretario norteamericano enviaría a la zona una fuerza naval de los Estados Unidos como observadora, y reiteró su política en el sentido de que España tenía derecho de entrar en guerra con México pero que no podría conquistarlo o imponerle una nueva forma de gobierno. Unos días más tarde el secretario Cass informó a su enviado en Madrid lo que le había dicho a Tassara, añadiendo que la flota norteamericana permanecería cerca de México con el objeto de proteger la vida y propiedades de los ciudadanos estadounidenses. El secretario ordenó al representante sondear la posibilidad de una mediación con España. El 6 de septiembre se reunió de nuevo con Tassara sin tratar otro asunto más que los que habían sido ya discutidos la semana anterior; el español comentó que cualquier ocupación sería temporal, y el norteamericano le recordó una vez más la posición de Washington. Lo dicho por Tassara en el sentido de limitar la intervención española en México significó el reconocimiento no oficial de su gobierno hacia la doctrina Monroe, aunque sin ninguna declaración en ese sentido.²⁰

¹⁹ Bock, 1966, p. 57.

²⁰ Tassara al ministro del Exterior (3 sep. 1860), en AAEM, *Política*, México, leg. 2546; MANNING, 1939, pp. 239-240; memorándum (8 sep. 1860), en DS, *Notes, Spain*, vol. 16.

Tassara no se sintió seguro de Washington. Consideraba a Buchanan capaz de cualquier chicanería a pesar de las afirmaciones diplomáticamente correctas y detalladas del Departamento de Estado con respecto a los derechos de España en México. El hecho de que estuviera preocupado por un posible choque con los Estados Unidos se comprende, ya que Washington podía en un momento dado aplicar la doctrina Monroe y no solamente discutirla. Aunque Tassara lo ignoraba, Cass le había dicho a McLane en el mes de septiembre que no tenía “ninguna razón para anticipar que un hecho de tal naturaleza se pudiera llevar a cabo”, pero que era posible que si las tropas desembarcaban en México se enfrentaran “con una acción armada por parte de Estados Unidos, siempre y cuando el congreso se adhiriera a la política por la que desde hace tanto tiempo abogamos y hemos proclamado públicamente”. El congreso había sido consistente en rechazar los proyectos de Buchanan sobre política extranjera, pero Tassara nunca confió totalmente en el presidente cuando se trataba de asuntos internacionales. De hecho, Tassara envió a Madrid una información tan detallada como si se anticipara a un choque armado.²¹

El resto del otoño de 1860 Estados Unidos y España se aseguraron mutuamente que los puntos de vista y los derechos de uno y otro no serían violados en México. Ambos países esperaban asimismo observar el desarrollo de la guerra civil en México. Lo único que vino a romper la calma fue la declaración de Alcalá Galiano, miembro de las cortes españolas, quien dijo el 27 de octubre, hablando de política exterior en nombre de su gobierno, que la doctrina Monroe sería tomada en cuenta para el desarrollo de la política externa de España.²² Por este conducto, España hizo públicas las seguridades que había dado a Estados Unidos un mes

²¹ Mercier a Thouvenel (15 sep. 1860), en AMEP, *Politique*, EE.UU., vol. 213; MANNING, 1939, pp. 288-293; Tassara al ministro del Exterior (15 oct. 1860), en AAEM, *Política*, México, leg. 2546.

²² El discurso de Alcalá Galiano, en *Diario de las Sesiones de Cortes — Senado — 1860-1861*, p. 154.

antes en forma privada. Este reconocimiento público de la doctrina Monroe significó un nuevo punto de partida, pues hasta entonces España tradicionalmente se había rehusado a reconocerla abiertamente como legítima por restringir sus actividades en Hispanoamérica. El reconocimiento español de este principio implicó serias restricciones políticas a su hispanismo. Aun cuando los españoles no estaban preparados para decirlo en ese momento, la implicación que esto tenía para el futuro era muy clara. Por lo pronto, daba a entender que O'Donnell había notificado a Washington que no tenía tampoco intenciones de adquirir otro territorio en el Nuevo Mundo. En cuanto a México, parecía significar que una intervención europea no tendría lugar.

Durante ese otoño, cuando una diplomacia serena procedió a las activas negociaciones intervencionistas, la opinión española acerca de Estados Unidos y México continuaba reafirmandose. Ferrer de Couto, quien creía que las actividades de Washington en Hispanoamérica no dejaban de significar una amenaza para la seguridad de Cuba, advirtió que el propuesto tratado de un empréstito norteamericano a México podría ser peligroso para los intereses de España. Ya en enero de 1860 había escrito al capitán general de Cuba que "el desmembramiento de México sería el signo más evidente de la pérdida de Cuba". Como todavía al año siguiente seguía pensando lo mismo, alentó a España a extender su influencia en México. Tassara llegó a pensar que Francia trataría de imponer un rey en el país, y que Europa pronto tendría que decidir si permitiría o no la entrada en México de los Estados Unidos. Sugirió que España no hiciera por de pronto nada en forma drástica; pero esta recomendación la hizo antes de que le llegara la noticia de que Juárez había entrado en la ciudad de México el 11 de enero de 1861. Los periodistas de Madrid se preocupaban también del imperialismo de Washington. *La Época* resumió la opinión de la Unión Liberal arguyendo que los españoles deseaban la independencia de México con un gobierno estable que pudiera proteger a su pueblo de la "avaricia de los Esta-

dos Unidos". Cuando llegó a Madrid la noticia de que las fuerzas de Juárez, favorables a los Estados Unidos, habían ocupado la capital, el Ministerio de Relaciones decidió reestudiar su política con respecto a México.²³

Estas reflexiones se avivaron con motivo de otros sucesos acaecidos en México. Después de su victoria Juárez expulsó al enviado de España, Joaquín Pacheco, por el hecho de haber trabajado con el gobierno de Miramón y por haber sido hostil a su partido. Esto no fue hecho con intenciones de desalentar las relaciones amistosas con España, sino solamente por razones políticas locales; sin embargo, otros diplomáticos en México temieron que este insulto fuera a causar una guerra entre los dos países. A fines de febrero Juárez se dio cuenta de que la expulsión de Pacheco había sido tal vez precipitada, pero nada podía hacer ya al respecto.²⁴

Juntamente con la noticia de la expulsión de Pacheco llegaron informaciones acerca de que Juárez no podría cumplir con el tratado de reclamaciones Mon-Almonte porque las arcas estaban vacías. Al mismo tiempo en España se difundió que un agente mexicano llegaría a Europa para explicar la política de su país. Aunque furioso, Calderón Collantes recomendó paciencia a su gabinete hasta que esta persona llegara; esta postura estaba dictada —como anteriormente— por la preocupación de Madrid por la actitud que pudieran tomar los Estados Unidos. Pacheco regresó a Madrid quejándose de la falta de una política española, y a grandes voces dio a conocer su deseo de venganza. Con objeto de apaciguar a los partidarios de Pacheco, Calderón Collantes dijo a las Cortes que podría presentarse el caso de tener que enviar una expedición a México. Entretanto, ningún agente mexicano parecía llegar a España. Ingleses, franceses y españoles estuvieron de acuerdo ese verano en

²³ FERRER DE COUTO, 1861, p. 448; Tassara al ministro del Exterior (15 ene. 1861), en AAEM, *Política*, EE.UU., leg. 2404; *La Época* (15 feb. 1861), p. 3.

²⁴ BOCK, 1966, pp. 94-95.

tomar medidas para recuperar las deudas pero no pudieron desarrollar ningún proyecto específico. En agosto unos diplomáticos españoles se encontraron con un agente mexicano en París y le dijeron que España estaría de acuerdo en reconocer al gobierno mexicano si Juárez reconociera de nuevo el convenio de 1859. El agente mexicano contestó que esto era imposible; por consiguiente, a principios de septiembre, Madrid decidió ensayar otros métodos para obtener satisfacciones y cobrar sus adeudos.²⁵

Entretanto en Estados Unidos se afrontaba la decisión de enviar a México un nuevo ministro que pudiera ayudar a que el problema no se agudizara, especialmente durante la primavera de 1861, cuando la atención de Washington se concentraba en su propia guerra civil. Lincoln escogió a Thomas Corwin, un hombre que se había opuesto a la guerra con México en 1846-1848, conocido por su habilidad política y respetado por su moderación y sentido común. Las instrucciones que recibió Corwin de Seward fueron en el sentido de posponer el arreglo de las reclamaciones y de impedir que México reconociera a los Estados Confederados de América. En lo general, estas instrucciones entraban dentro del orden de todas aquellas dadas por Lincoln a sus nuevos ministros en la primavera de 1861.²⁶

En junio Corwin llegó a la conclusión de que había la posibilidad de que las tres potencias europeas intervinieran en México para arreglar sus diferencias y pidió permiso para negociar un préstamo de cinco o diez millones de dólares que serían utilizados para pagar las deudas mexicanas en Europa. Como en otras proposiciones similares que habían sido hechas con anterioridad, Corwin mencionó al territorio mexicano como un elemento colateral, puesto que antici-

²⁵ Buchanan a Russell (20 feb. 1861), en PRO, F.O.72, vol. 1004; BECKER, 1924, II, pp. 496-498; LEFÈVRE, 1869, pp. 100-101.

²⁶ Tassara al ministro del Exterior (15 mar. 1861), en AAEM, Política, EE.UU., leg. 2404; OWSLEY, 1931, pp. 110-111; CALLAHAN, 1909, pp. 280-281.

paba que México no podría pagar el empréstito, y entonces los Estados Unidos podrían amortizarlo con parte del territorio. La idea nunca recibió mayor atención, porque cuando llegó el momento de iniciar las negociaciones los Estados Unidos empezaron a notar que el interés diplomático europeo por México iba de nuevo en aumento. En septiembre se tuvieron noticias de que Londres, París y Madrid ya no estaban dispuestos a esperar complacientemente el pago de la deuda. Asimismo, el nuevo secretario de Estado, Henry Seward, no tenía ningún motivo para iniciar una nueva política durante la primavera y el verano de 1861, puesto que su legación en Madrid no había dicho ni una palabra en el sentido de que España, o alguna otra potencia, tuvieran planes de efectuar una invasión en México, aun cuando desde hacía algunos meses circulaban rumores de lo contrario.²⁷

La verdad de las cosas era que París, Londres y Madrid empezaron —en septiembre de 1861— a ponerse de acuerdo para realizar una intervención con el manifiesto objeto de cobrar deudas y proteger vidas. Pero también era una consideración de primer orden, si no es que la principal, la de que cada uno quería impedir que los otros se apoderaran de México y asimismo bloquear los esfuerzos de Washington por hacerse de una parte del territorio. Aparte de que intentaban impedir que alguna de las potencias trastornara el delicado equilibrio de poder en un área en la que —como todas las partes involucradas sabían— Estados Unidos invertía considerables esfuerzos, estuvieron de acuerdo en que un gobierno estable en México serviría muy bien para sus propósitos. Pero no llegaron a ponerse de acuerdo sobre la manera de establecer ese gobierno en México y, a final de cuentas, las intenciones y los programas franceses chocaron con los de Londres y Madrid, para la mayor consternación de Washington. En ese momento la preocupación de cada uno era la de cómo protegerse de los demás. Ingle-

²⁷ Corwin a Seward (29 jun. 1861), en DS, *Desp.*, Mexico, vol. 28; CASE y SPENCER, 1970, pp. 34-37.

terra, por ejemplo, se rehusó a interferir en la política interna de México; Francia pretendía establecer una monarquía y proporcionar el nuevo rey; España, aunque renuente a involucrarse de lleno en estos proyectos, quería proponer un candidato en caso de que fuera una monarquía la forma de gobierno que México escogiera. A lo largo de 1861 Calderón Collantes informó a los ingleses y franceses que su gobierno no quería imponer un nuevo sistema de gobierno en México, aun cuando Londres y Washington tenían la firme creencia de que no era así.²⁸

Un breve examen de las condiciones internas de España muestra que este país apenas podía actuar en forma muy limitada. El gobierno español se dio cuenta de que sus representantes se veían impedidos para tomar medidas más agresivas con respecto a la cuestión mexicana a causa de la dividida opinión política dentro de la propia España. Monárquicos, carlistas y moderados querían un rey, en tanto que demócratas y liberales estaban a favor de un gobierno republicano. Con semejante disparidad de opiniones el gabinete de O'Donnell optó por la única alternativa posible: decidió no escoger ninguna de las dos opciones por el momento, y en cambio se refirió públicamente al derecho de autodeterminación de los mexicanos. España no quería en realidad conquistar a México, sino solamente corregir serios malos entendidos e impedir cualquier cambio de la influencia europea o del poder norteamericano que pudiese afectar la seguridad de Cuba y Puerto Rico. España, sin embargo, hubiera estado dispuesta a usar su fuerza militar —con o sin la cooperación inglesa o francesa— si se veía seriamente amenazada en el Caribe.

El convenio final entre las tres potencias europeas, firmado el 31 de octubre, estipulaba que las fuerzas combinadas no intervendrían en México para "adquirir territorio ni para obtener ventajas especiales". Más adelante el tratado establecía que el propósito de la acción militar sería única-

²⁸ Bock, 1966, pp. 122-215.

mente el de proteger vidas y recuperar adeudos del "arbitrario y vejatorio" gobierno mexicano. Estuvieron de acuerdo en invitar a los Estados Unidos a firmar el convenio y participar en la intervención. Los ingleses, por su parte, pensaban que el hecho de estar Washington involucrado en el asunto ayudaría a vigilar cualquier posible intento español de obtener el control de México.²⁹

Durante el otoño los Estados Unidos no sólo observaron cuidadosamente estas gestiones diplomáticas, sino que también influyeron indirectamente en ellas. Cari Schurz, el representante del presidente Lincoln en Madrid, informó a principios de septiembre que los tres gobiernos intervendrían en México. Schurz le comentó a Seward que la prensa española apoyaba la idea de la intervención, pero que el gabinete prestaría más atención a la opinión de los Estados Unidos. Algunas fuentes oficiales norteamericanas advirtieron a Madrid, París y Londres, que no deseaban verlos interferir en la política interna de México. Los norteamericanos pensaban que Isabel II quería extender el control de España en ese país para conservar su poder, y que muchos miembros de su gabinete estaban dispuestos a cooperar. Además, una intervención "halagaría a la vanidad nacional".³⁰

Seward no cuestionaba el derecho de España para reclamar la satisfacción de daños aun cuando esto significara la guerra con México. Pero Tassara estaba preocupado porque consideraba la posibilidad de que los Estados Unidos compraran territorio mexicano. Esto disminuiría para España la posibilidad de recuperar sus deudas, llevaría a un posible choque entre su país y el de Seward, amenazaría la seguridad de Cuba, y, asunto no menos importante, significaría que México adoptaría una forma republicana de gobierno. Cuando los ingleses sugirieron que Washington participara en la

²⁹ Bock, 1966, pp. 517-520.

³⁰ Schurz a Seward (7 sep. 1861), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 43; Adams a Seward (28 sep. 1861), en DS, *Desp.*, Great Britain, vol. 77; Schurz a Seward (27 sep. 1861), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 43.

intervención, España asintió de mala gana, pensando que así se daría lugar a cualquier objeción que los norteamericanos pudieran hacer acerca de la expedición. A mediados de octubre lord Lyons y Tassara discutieron el asunto con Seward; éste dijo que le gustaría "impedir la intervención" prestando dinero a México, dando a entender con ello la renuencia de su gobierno a participar en semejante aventura.³¹

Los norteamericanos continuaron discutiendo el asunto aun después de haber recibido la invitación. Seward le escribió a Schurz que "los Estados Unidos consideraban importante para su propia seguridad y bienestar que ningún país europeo u otra potencia extranjera dominara ese territorio". William L. Dayton, enviado en París, sintió que los franceses y españoles entrarían en una discusión sobre cuál de los dos suministraría un rey para México. El ministro norteamericano en Londres, Charles F. Adams, hizo notar que la crisis de los Estados Unidos servía para alentar a los países europeos en su creciente atención hacia el occidente. La única prueba convincente que tenía Seward de que los europeos no impondrían un nuevo gobierno en México provino de Schurz, cuando éste informó a mediados de noviembre que el jefe de la expedición española, Juan Prim, se oponía al establecimiento de una monarquía en México. Tassara confirmó ante los madrileños que Seward desconfiaba de los españoles porque creía que España iba a establecer un protectorado en México.³²

¿Estaría Seward en lo correcto al sospechar que las intenciones de España no se limitaban únicamente a exigir la satisfacción de sus reclamaciones? Muchos historiadores

³¹ BECKER, 1924; II, pp. 501-502; telegrama de Crampton a Russell (7 oct. 1861), en PRO, F.O.72, vol. 1010; CARROL, 1971, p. 277.

³² Seward a Schurz (14 oct. 1861), en DS, *Instructions*, Spain, vol. 15; Dayton a Seward (6 nov. 1861), en DS, *Desp.*, France, vol. 51; Adams a Seward (8 nov. 1861), en DS, *Desp.*, Great Britain, vol. 78; Schurz a Seward (16 nov. 1861), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 43; Tassara al ministro del Exterior (1º nov. 1861), en AAEM, *Política*, México, leg. 2547.

son de la opinión de que España quería reconquistar México, y de que se aprovechó de la guerra civil norteamericana para intentarlo; sin embargo, este argumento ha sido expuesto sin proporcionar suficiente evidencia para probar la hipótesis.³³ El profesor Bock opina que esta pretensión era secundaria con respecto a la necesidad más urgente de garantizar las vidas y propiedades de los españoles y el cobro de la deuda. Sólo un historiador ha ofrecido pruebas documentales para demostrar que España estaba realmente interesada en la reconquista, citando algunos documentos coloniales cubanos.³⁴ Lo que queda hoy día de esa documentación sugiere que las autoridades españolas querían ver en México un gobierno estable, amistoso hacia España, que hiciera honor a sus deudas y otorgara su protección a la vida y propiedades de los españoles. Si los mexicanos querían una monarquía Madrid estaría encantado de poder ofrecer un candidato al trono. La reina era quizá la persona más importante entre los miembros de una minoría de funcionarios de alto rango que acariciaba la idea de una reconquista, pero O'Donnell tenía poder para impedirle que dominara la política a este respecto. El argumento de que España no tenía un plan básico para la reconquista de México parece ser más realista, dada la tendencia de España a llevar a cabo una política *ad hoc* y sin embargo conservadora siempre que los intereses americanos o británicos en el Nuevo Mundo estaban involucrados.

Tassara pidió a Seward su adhesión al convenio, conociendo muy bien los recelos del secretario, lo que tiene sentido si se acepta como premisa el hecho de que España estaba más interesada en la estabilidad de México que en su reconquista. El ofrecimiento era poco más que una gentileza, puesto que Tassara pensaba que Seward no podía aceptarlo en vista de la doctrina Monroe; sin embargo, con-

³³ PÉREZ DE ACEVEDO, 1933, p. 37; BERTRAND, 1970, pp. 87; 107; MIQUEL I VERGÉS, 1949, p. 156; SAVINHAIC, 1888, pp. 335-353.

³⁴ SANTOVENIA, 1939, pp. 39-102; BOCK, 1966, pp. 122-140.

tinuó negociando con el Departamento de Estado bajo las instrucciones de Madrid. Tassara consideraba poco grato el asunto, ya que sabía que los ingleses habían insistido en la participación americana con el objeto de no dar lugar a un posible imperialismo español. A principios de diciembre predijo que Seward rechazaría el ofrecimiento, recordando a España la existencia de la doctrina Monroe, y reservando para los Estados Unidos ciertos derechos futuros no especificados sobre México. Tassara sugirió a su gobierno que “en otro momento tendría seria acogida esta manipulación”. El cónsul americano en La Habana informó que España podía hacer bien poco en ese momento para defender a Cuba, ya que algunas tropas y pertrechos habían sido desviados para utilizarlos en Santo Domingo y México: bien pudiera ser esto lo que quiso decir Tassara al reprender suavemente a su gobierno. Tal como estaba previsto, Seward declinó el ofrecimiento, arguyendo que los Estados Unidos no podían tomar parte en la expedición, ya que su gobierno seguía la política de no comprometerse en alianzas.³⁵

Al finalizar el año fuerzas europeas desembarcaron en México, y seis meses más tarde los contingentes ingleses y españoles se retiraban debido a discrepancias con los franceses, de quienes ya se pensaba que querían imponer un nuevo régimen en México. Aun cuando O'Donnell quería un nuevo gobierno conservador y estable en México, no estaba preparado para organizarlo sin la cooperación británica. Los problemas crecientes en Santo Domingo también pesaban en contra de medidas tan riesgosas y, por supuesto, los Estados Unidos constituían también una dificultad permanente. Para el mes de junio las fuerzas españolas se habían retirado de Cuba; su comandante, el general Prim, tomó la iniciativa de retirarlas sin antes consultar con Madrid. Aunque esto

³⁵ Tassara al ministro del Exterior (23 nov., 3 dic. 1861), en AEEM, *Política*, México, leg. 2547; Shufeld a Seward (9 dic. 1861), en DS, *Desp.*, Havana, vol. 41; BLANCHOT, 1911, I, p. 16.

causó gran inquietud en los círculos gubernamentales, la decisión no podía ya tan fácilmente dar paso atrás.⁸⁶

Durante este período las autoridades norteamericanas y españolas se mantuvieron cada una en guardia frente a cualquier movimiento eventual de la otra. Se llegó a saber en Washington, por ejemplo, que la expedición gozaba en España de la aprobación pública, y esto podía a su vez alentar a Madrid para llevar la acción más allá de los límites del tratado. Los norteamericanos hicieron notar a sus vecinos latinoamericanos que los españoles estaban hambrientos de territorio, con objeto de atraerlos más hacia Washington y de inclinarlos a no ayudar a los confederados del sur. En consecuencia, los representantes diplomáticos tuvieron a Estados Unidos informado acerca de las actividades inglesas, francesas y españolas en Sudamérica. Perry repetidamente recordó a Madrid las inquietudes de los norteamericanos en tanto que los españoles insistían diciendo que solamente deseaban reparación de las injusticias. La prensa norteamericana informó en detalle acerca de las actividades de España y, en forma más cruda que la del propio Departamento de Estado, pintó a los españoles como los máximos villanos de México.⁸⁷

Tassara creyó que Lincoln estaría dispuesto a esperar el desarrollo de los acontecimientos en México antes de considerar la posibilidad de un movimiento armado por cuenta propia. Y confirmó que el gobierno de Estados Unidos también creía, como la prensa norteamericana, que España era el más peligroso de los tres poderes involucrados en México. En marzo de 1862 Seward discutió con Tassara los rumores de que Francia y España pretendían instalar un mo-

⁸⁶ BOCK, 1966, pp. 216-453; EIRAS ROEL, 1961, p. 268.

⁸⁷ *El Diario Español* (24 oct. 1861), p. 1; (27 oct. 1861), pp. 1-2; *Las Novedades* (5 nov. 1861), p. 5; *The New York Times* (18 oct. 1861), p. 4; FERRIS, 1941, pp. 51-78; FRAZER, 1948, pp. 377-388; Perry a Seward (17 abr. 1862), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 44; *The New York Times* (3 ene. 1862), p. 4; (23 ene. 1862), p. 4; (19 feb. 1862), p. 4; (13 mayo 1862), p. 4.

narca en el trono mexicano. El representante, y más tarde su gobierno, reiteraron su posición de no intervenir en la política interna de México. Ciertamente Prim se oponía, al igual que Tassara, a una intervención de esa naturaleza. El general Prim no quería tampoco una forma monárquica de gobierno en México, y a Tassara le inquietaba un posible choque con los Estados Unidos. El capitán general Serrano, en La Habana, al igual que muchos otros españoles, creía que si un rey fuera a ocupar el trono de México, debería ser un español, y que España tenía que luchar arduamente para lograrlo. Sin embargo, la opinión de Tassara predominaba en Madrid. Aunque era un crítico abierto de los Estados Unidos y un conocido monárquico, casi de la hechura de Ferrer de Couto, se mantuvo aconsejando prudencia. Tal vez la combinación de las experiencias pasadas, por una parte, y de un sentido práctico por otra, hicieron pensar a las autoridades españolas que una política beligerante hubiera provocado un vuelco en la actitud hasta entonces pasiva de los Estados Unidos.³⁸

Durante los meses de febrero y marzo la prensa española hizo comentarios acerca de los Estados Unidos y su actitud ante la cuestión mexicana, para mayor irritación de los norteamericanos en Madrid, poniendo en duda, a los ojos del gobierno español, la postura callada de Estados Unidos. *La Regeneración* estaba a favor de un gobierno estable en México, pero hacía notar que “el peligro inmediato, tangible, es la ambición de los Estados Unidos”. Reflejando el punto de vista del gobierno, *La Época* reiteró los deseos de España por un gobierno responsable, en tanto que criticó la política de Napoleón III respecto a México. Madrid quería, sin embargo, un gobierno conservador que pudiera impedir la “absorción por Estados Unidos”. Una monarquía representada por un rey católico parecía ser la

³⁸ Tassara al secretario del Exterior (6 ene., 17 feb., 11 mar. 1862), secretario del Exterior a Tassara (25 abr. 1862), en AAEM, *Política*, México, leg. 2548.

mejor garantía contra un posible imperialismo norteamericano.³⁹

Cuando llegó a Washington la noticia de que los ingleses se iban a retirar de México, Tassara aconsejó una vez más a su gobierno que actuara con cautela. Un mes más tarde supo que Prim planeaba retirar sus tropas sin recibir instrucciones de Madrid, y recomendó que esto no se hiciera demasiado de prisa, pues de otro modo Francia dominaría México. Aun cuando pensaba que Latinoamérica no representaba un motivo de preocupación, opinaba que un número suficiente de soldados debería permanecer disponible de manera que España tuviera alguna influencia en la dirección que tomaran los asuntos mexicanos. En mayo notificó que la evacuación de Prim había convertido a éste en un general popular en Estados Unidos. Advirtió también al Ministerio de Relaciones que tocaba ahora a España decidir si permitiría a Francia el control de México.⁴⁰

Cuando las autoridades de Madrid supieron de la decisión tomada por el general Prim sucedieron varias cosas: los políticos de oposición y la prensa que los apoyaba utilizaron la noticia para criticar a la Unión Liberal (el partido de O'Donnell) opinando que se sacrificaba el honor y los intereses de España. Los periódicos de todas las tendencias políticas discutieron la política de España hacia México convirtiéndola en el asunto político del día. Con la sorpresa y el cariz de urgencia que el gobierno adoptó cuando Santo Domingo anunció su reincorporación a España, las autoridades tenían que responder de inmediato si la acción de Prim contaba o no con su aprobación; en caso negativo habría que afrontar el problema de regresar a las tropas. Si O'Donnell rechazaba la gestión de Prim corría el riesgo de provocar una escisión en las filas de sus parti-

³⁹ *La Regeneración* (19 feb. 1862), p. 1; *La Época*, 13, 14 mayo 1862), reproducido en *Foreign relations*, 1862, 1, p. 488.

⁴⁰ Tassara al secretario del Exterior (25 mar., 27 abr., 6 mayo 1862), en AAEM, *Política*, México, leg. 2548.

darios, al mismo tiempo que permitiría a Prim consolidar los sentimientos adversos a los franceses como un arma directamente dirigida contra él.⁴¹ El régimen se encontraría en una situación embarazosa. Por otra parte, la aprobación alentaría las críticas de que España abandonaba la defensa de sus derechos y de su honor. De un modo u otro el régimen encaraba serias objeciones durante las discusiones sobre México que tuvieron lugar en 1862. Durante ese año los Estados Unidos no perdieron de vista el delicado problema español con la esperanza de que O'Donnell no decidiera optar por una nueva invasión de México. Aunque la evacuación de Prim eliminó el problema inmediato de las tropas españolas en este país, Madrid y Washington anticiparon la posibilidad de futuras dificultades debido a las cuestiones que quedaban sin resolver en México.

O'Donnell eligió aprobar la decisión de Prim. Algunos miembros del gabinete explicaron a las Cortes que España no permanecería en México porque ello significaría una violación del convenio de octubre de 1861, mismo que Francia quería entonces romper. En Londres, Adams sospechó que España se retiraba por temor del poderío del ejército norteamericano. Algunos diplomáticos franceses le dijeron que España nunca había tenido intenciones de llevar a cabo una operación de importancia en México, sino únicamente las de obtener alguna gloria militar que reforzara la imagen del régimen. Los norteamericanos en Madrid estuvieron de acuerdo con la medida y le dijeron a Calderón Collantes que la decisión de España aumentaría su ascendiente sobre América Latina, porque los americanos se darían cuenta de que era capaz de defender sus derechos sin tener que recurrir al abuso del poder.⁴²

En junio, sin embargo, la posición de O'Donnell fue

⁴¹ ALCALÁ GALIANO, 1906, p. 46.

⁴² BERTRAND, 1955, pp. 105-110; BERTRAND, 1952, II, pp. 105-156; *Foreign relations*, 1862, I, pp. 500-506; Adams a Seward (23 mayo 1862), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 79.

haciéndose cada vez más incómoda a medida que crecía el apoyo a Prim. Los políticos conservadores y muchos de los amigos militares de O'Donnell abandonaron la Unión Liberal. La lista de sus opositores se podía leer como un catálogo de las celebridades más conocidas de España: Pacheco, Mon, Concha, Serrano, Cánovas del Castillo. Todos ellos exigían que el gobierno hiciera algo. Calderón Collantes fue enviado ese mes de junio a las Cortes para argumentar que España había cumplido con sus obligaciones del tratado y había defendido el honor español. Algunos legisladores sintieron que la injerencia de Washington en México hacía las cosas demasiado difíciles para O'Donnell, pero Calderón Collantes descartó esa idea. Sin embargo, a Tassara también le inquietaba el asunto, y comentó al ministro francés Henri Mercier que él veía el problema en términos de una competencia racial: anglosajones contra hispánicos.⁴³

Además de las razones de orden público, algunas consideraciones de carácter privado empujaron a O'Donnell para dar su aprobación a la retirada de Prim. Primera, que la Unión Liberal quería debilitar la posición de Prim, tomando también la que de hecho era una postura antifrancesa. Segunda, que la reina Isabel, irritada con Napoleón III por no permitir a España que nombrara un rey en México, estaba encantada con la retirada de Prim, que era como dar una bofetada al emperador francés. Tercera, que México podía convertirse en un tonel sin fondo de problemas diplomáticos y militares si España se involucraba profundamente. Estos razonamientos no dados a conocer públicamente no cambiaron el hecho de que el apoyo un tanto forzado de O'Donnell a Prim costara a la Unión Liberal el apoyo progresista, en el que tenía su tribuna el ex comandante de las fuerzas españolas en México.

⁴³ *Diario de las Sesiones de Cortes — Senado — 1862*, Apéndice, no. 133, pp. 1-105; Mercier a Thouvenel (23 jun. 1862), en AMEP, *Politique*, EE.UU., vol. 216.

O'Donnell se sentía incómodo por el perjuicio causado políticamente a la Unión Liberal y a las relaciones con Francia, pero aún tuvo que afrontar nuevas preocupaciones cuando, en junio, le llegaron noticias de que los Estados Unidos habían otorgado a México un préstamo por once millones de dólares. Esto vino a turbar temporalmente al gobierno de Madrid, pues se confirmaban sus peores temores de una expansión territorial norteamericana en México. Algunos observadores en Madrid sospecharon que las relaciones francoespañolas, que habían sido agriadas por la retirada de Prim, podrían tomar un giro más favorable como resultado de este tratado, suponiendo que Tassara y Calderón Collantes podían prestar atención a los franceses y verse envueltos otra vez en el asunto de México. Francia estaba tratando de mejorar sus relaciones con España, coordinando en ese momento su política mexicana con Madrid. En el otoño Tassara informó a Seward que España nunca iría a México para defender la causa de un partido o para intervenir en asuntos internos.⁴⁴

En diciembre la política española referente a México fue objeto de un escrupuloso escrutinio en las Cortes, en la prensa y en el gobierno españoles. Los opositores políticos de O'Donnell querían aprovechar esta coyuntura para quebrantar el poder de la Unión Liberal. Esto representaba una importante discusión de la política exterior que no podía ser ignorada por los Estados Unidos. Cuando concluyó, llegó a su término la mayor crisis en las relaciones entre las grandes potencias, y especialmente con Estados Unidos, en la cuestión mexicana. En diciembre, cuando vol-

⁴⁴ Perry a Seward (8 jul. 1862), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 44; *Foreign relations*, 1862, I, pp. 472-473. Sobre serias diferencias en las relaciones francoespañolas, *vid.* BECKER, 1924, II, pp. 522-528; FERNÁNDEZ ALMAGRO, 1951, pp. 127-128. Koerner sugería que Seward ayudaría a España a salirse de manera que provocara la caída de los franceses. Koerner a Seward (10 dic. 1862), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 45; Dayton a Seward (8 ago. 1862), en DS, *Desp.*, France, vol. 52; secretario del Exterior a Tassara (8 oct. 1862), AAEM, *Política*, México, leg. 2548.

vieron a reunirse las Cortes y Prim deseaba defender su decisión y hacer progresar su posición política, se desencadenaron de nuevo los debates. Prim ocupaba un lugar preponderante en la prensa, y quería más; cuando en un principio Madrid supo de su retirada los periódicos lo llamaron traidor, insubordinado, desertor; pero cuando el gobierno aprobó su decisión y se hizo evidente que los franceses encontrarían serias dificultades en México, los críticos de O'Donnell aclamaron a Prim como héroe y hombre concededor.⁴⁵

El evento más importante de estas sesiones fue el discurso que pronunció Prim el 11 de diciembre en defensa de su actuación. Dijo que los Estados Unidos, que contaban entonces con un ejército poderoso, desaprobaban la intervención europea, y que su oposición presagiaba serios problemas para España. Asegurando que los franceses querían apoderarse de México a expensas de España, afirmó que una cooperación con los hombres de Napoleón en su marcha hacia la ciudad de México hubiera significado la violación del convenio de octubre. El marqués de Miraflores, representante de los opositores de Prim, objetó los argumentos políticos que usó el general para negociar con Juárez, porque —decía— esto implicaba el reconocimiento del partido más hostil a España. No obstante, opinaba que México debía recibir ayuda en su lucha contra los franceses. Calderón Collantes corrigió a Prim, negando que los franceses hubieran violado el convenio de octubre. Después de todo, los debates de las Cortes no debían conducir a un deterioro en las relaciones con un importante vecino.⁴⁶

Los debates continuaron todo el mes. El 20 de diciembre Prim volvió a hablar, diciendo que él nunca había recibido órdenes de invadir la ciudad de México; también argumentaba que Juárez no podía compartir ninguna respon-

⁴⁵ Sobre las intenciones de Prim, *vid.* HERR, 1971, p. 104; SANTOVENIA, 1939, pp. 83-87; BERTRAND, 1952, II, pp. 109, 147-159.

⁴⁶ BERTRAND, 1952, II, pp. 147-159; Koerner a Seward (12 die. 1862 y otra sin fecha), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 15.

sabilidad respecto a su retirada, puesto que los liberales mexicanos no tenían ninguna influencia en las poco satisfactorias relaciones franco-españolas en México. Aun cuando Manuel Concha se había opuesto a la retirada de Prim, el que alguna vez fue capitán general en Cuba admitió que un rey español en México hubiera provocado muchos problemas para Madrid, y sin embargo no llegó a declarar su aprobación respecto de la actitud de Prim. El 21 de diciembre O'Donnell habló en favor de la retirada, criticó a Juárez y afirmó que España no tenía interés alguno en conquistar México. El temor de los españoles por el imperialismo norteamericano surgió repetidamente en el curso de las discusiones con varias personas, que se recordaban las unas a las otras la responsabilidad que tenía Europa de bloquear las tendencias expansionistas de Washington. Los debates de enero se desarrollaron en torno al análisis de las políticas francesa y español respecto de México, exponiendo asuntos políticos internos.⁴⁷

O'Donnell se vio presionado duramente por sus enemigos políticos al principio del siguiente año. Cánovas del Castillo, entonces subsecretario del Interior, presentó su renuncia junto con otras personas en protesta por la política española en México. O'Donnell decidió aprovechar esta situación para reorganizar su gabinete de manera que pudiera tranquilizar a sus opositores. Calderón Collantes resultó el chivo expiatorio del asunto mexicano al ser acusado por su "comportamiento inconsistente y vacilante".⁴⁸ Otros cambios de personal incluyeron el nombramiento de Vega de Armijo, un íntimo amigo de O'Donnell, como ministro del Interior, y de Serrano, quien había sido hasta muy recién-

⁴⁷ El *Times* de Londres habló de estos debates en una serie de artículos (19, 21, 23, 24 dic. 1862; 5, 7, 9, 12, 15 ene. 1863). *La Regeneración* se preguntaba que si Europa no echaba fuera de México a los Estados Unidos, "¿podría España mantener por mucho tiempo sus preciosas Antillas?" (23 dic. 1862), p. 1.

⁴⁸ ALCALÁ GALIANO, 1906, pp. 46-47; Koernel a Seward (17 ene. 1863), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 45.

temente capitán general en La Habana, y opositor de Prim, en el Ministerio de Relaciones. Con un poco de suerte —pensó O'Donnell— un gabinete mixto liberal-conservador apaciguaría a los enemigos locales de la Unión Liberal, y al mismo tiempo sería una muestra para París de que España todavía quería estar en términos amistosos. Sin embargo, México ya había resquebrajado la solidaridad de la Unión Liberal, pues antes de tres meses el general se vería obligado a dejar su puesto.

A principios de 1863 los diplomáticos de ambos lados del Atlántico se dieron cuenta de que la aventura española en México había terminado, aunque persistían algunas dudas pues todos los gobiernos desconfiaban de los móviles y de las intenciones políticas declaradas públicamente por los demás. Estados Unidos demostró un gran interés en lo que se suponía eran grandes esfuerzos de Francia para involucrar de nuevo a España en México. Durante casi todo el año 1863 Napoleón III intentó ganarse la aprobación de España en lo que se refería a su política en México, pero sin gran éxito. En diciembre resultó obvio que la facción profrancesa de Madrid, que siempre estaba en contra de Estados Unidos, había fallado en sus intentos por atraer a España hacia una cooperación más estrecha con Francia.⁴⁹

Una indicación de qué tanto éxito tuvieron los franceses se puede colegir de una comunicación enviada a París por su representante en Madrid. Éste hizo notar que, en el mes de octubre de 1863, España había abandonado de momento su preocupación por México para concentrarse en la solución de los problemas de Santo Domingo. Advertía que Francia recibiría muy poca atención en tanto que la revuelta dominicana continuara. Condenando esta actitud española, el representante acusó a Miraflores de sacrificar "los variados intereses del estado en aras de la satisfacción de una

⁴⁹ Perry a Seward (12 jul. 1863), citado en EGAN, 1971, pp. 66-68; Perry a Seward (20 sep. 1863), Koerner a Seward (11, 24 oct. 1863), en DS, *Desp.*, Spain, vol. 45.

vanidad miope".⁵⁰ Es interesante notar que los ministros norteamericano, francés y español no pretendían en 1863 que la política española hacia México se viera influida por el gran número de victorias militares logradas ese año por el ejército norteamericano durante la guerra civil: Santo Domingo claramente había llegado a ser un factor más importante en el hacer de la política que la guerra civil norteamericana.

En la primavera de 1864 llegaron noticias a Madrid en el sentido de que la cámara baja de los Estados Unidos había aprobado una resolución que desaprobaba la instauración de una monarquía en México. El gobierno guardó silencio y los periódicos gobiernistas de Madrid apenas si dieron cuenta del evento, que primordialmente estaba destinado a los franceses. Los partidarios de Prim y la prensa democrática estaban encantados. Algunos creían que esto podía conducir a una guerra entre Francia y los Estados Unidos, una lucha en la que, por obvias razones, España no quería verse envuelta. Pero España todavía trató de apaciguar a Francia aun cuando ninguna ayuda militar o diplomática podría estar disponible para su aventura mexicana. En el otoño, por ejemplo, Alejandro Llorente ingresó en el nuevo gabinete del general Narváez, mostrando con ello la simpatía española por los franceses puesto que Llorente era francófilo.⁵¹

En 1865 las autoridades españolas se alegraron sin duda de librarse de Santo Domingo. Fueron testigos de la victoria norteamericana en la guerra civil en tanto que observaban el rápido deterioro de la situación francesa en México. Pensando en términos de equilibrio de poderes, Tassara temía que los Estados Unidos pudieran entonces utilizar sus tropas para hacer de la doctrina Monroe una política

⁵⁰ Barrot a Drouyn de Lhuys (23 oct. 1863), en AMEP, *Politique, Espagne*, vol. 864.

⁵¹ *Foreign relations*, 1864, iv, p. 16; Barrot a Drouyn de Lhuys (16 sep. 1863), AMEP, *Politique, Espagne*, vol. 866.

activa. Predijo que Francia sería muy pronto expulsada de México, y en noviembre el Ministerio de Relaciones compartió esa opinión. España nunca perdió el interés por su ex colonia, puesto que en la década de 1860 la legación española proveyó a Madrid de amplia información acerca de México.⁵²

Los periódicos de Madrid y los diplomáticos españoles continuaron expresando su inquietud acerca de la política de Washington en lo tocante a México hasta el momento en que el último francés abandonó el país. *La Época*, por ejemplo, en febrero de 1866, incluyó en su editorial la opinión de que los Estados Unidos todavía querían apoderarse de México, Cuba y Canadá. Inquietudes semejantes ocupaban la atención del Ministerio de Relaciones. Irónicamente, al año siguiente, cuando España no tenía representante diplomático en México, el gobierno pidió a Washington que se ocupara del cuidado de sus intereses. Los españoles justificaban esto alegando que podían contar con que Estados Unidos mantendría su neutralidad en conflictos entre Europa y Latinoamérica siempre y cuando ningún país europeo tratara de cambiar un gobierno o apoderarse de territorio.⁵³ Esto no iba en contra de la tradición de hostilidad, porque la animosidad mutua provenía de una competencia por la supremacía territorial, cultural y legal en el Nuevo Mundo; pero era evidente que cuando una situación dada no representaba una amenaza para ninguna de las partes, se hacía posible la mutua cooperación. Ambos gobiernos intentaban ser amistosos: España, porque Narváez podría utilizar la ayuda de Washington para otros problemas en Latinoamé-

⁵² Tassara al secretario del Exterior (7 jul., 27 sep. 1865), secretario del Exterior a Tassara (5 nov. 1865), en AAEM, *Política*, EE.UU., leg. 2409. El legajo 2549 contiene una importante colección de documentos relativos a asuntos internos mexicanos y sus relaciones con Washington de 1862 a 1868.

⁵³ *La Época* (22 feb. 1866), p. 2; *Foreign relations*, 1867, I, pp. 546-547.

rica, y Estados Unidos porque España estaba liquidando sus intervenciones militares en el Nuevo Mundo.

Se pueden hacer otras observaciones acerca de la diplomacia española y norteamericana en lo tocante a México. Sin duda, un país desconfiaba del otro; ambos defendían sus intereses diplomáticos y políticos. En tanto que la opinión seguía con inquietud el desarrollo mexicano, los dos gobiernos utilizaban el asunto de México para sus propósitos de política interna. Y sin embargo, había diferencias. Los Estados Unidos podían hacer bien poco para impedir una intervención europea en vista de su guerra civil, todavía no resuelta entonces; una participación parecía demasiado riesgosa, y además siempre existía la posibilidad de que los latinoamericanos asociaran la actitud de los Estados Unidos con la de Europa, frustrando entonces el objetivo norteamericano de mejorar su imagen ante Sudamérica. Se preocupaban también por la doctrina Monroe y por la posibilidad de que un país europeo dominara el territorio al sur de sus fronteras. Así pues, por una serie de razones, los problemas destacaron en importancia dentro del marco general de las relaciones con Madrid; sin duda mucho más en terminos políticos, que Santo Domingo y aun que Cuba en el otoño de 1861.

España sinceramente quería recuperar las deudas, proteger la vida de los españoles, y asegurarse del establecimiento de un gobierno estable en México que evitara el desarrollo de futuros problemas. Si México optara por un rey, España quería ofrecer un candidato; pero no estaba preparada para gestionar un arreglo de esta naturaleza con el mismo entusiasmo de los franceses. En realidad, la política de O'Donnell respecto a México carecía del tono imperialista que parecía colorear su actitud, puesto que no tenía verdaderas intenciones de restablecer un control colonial. Quería únicamente obtener una ostentosa victoria diplomática, justo al borde de una pequeña intervención. Resulta dudoso que pensara seriamente en llegar más lejos; si dé hecho llegó a considerarlo no tuvo tiempo para tomar las

medidas necesarias, máxime que México representó un riesgo para la Unión Liberal casi desde el principio del episodio. El capítulo mexicano mostró evidentemente que Madrid y París no siempre cooperaban en las cuestiones de política exterior tal como los diplomáticos norteamericanos creían. Las autoridades españolas se negaron a actuar conjuntamente con Francia en el asunto mexicano después de la primavera de 1862, cuando estas gestiones hubieran sido adversas a los intereses de España. México nunca llegó a tener para Madrid la importancia diplomática que tuvo para París y para Washington. Otros muchos problemas en Santo Domingo, el norte de África y Europa reclamaban la atención de España.

SIGLAS Y REFERENCIAS

- AAEM Archivo de Asuntos Exteriores, Madrid.
 AMEP Archivo del Ministerio del Exterior, París.
 DS U. S. Department of State, Washington.
 PRO Public Records Office, Londres.

ALCALÁ GALIANO, Emilio

- 1906 *Recuerdos políticos históricos de España y del extranjero*, Madrid, s.p.i.

BECKER, Jerónimo

- 1924 *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, Est. de Jaime Ratés.

BERTRAND, R. Olivar

- 1952 *El caballero Prim — Vida política y revolucionaria*, Barcelona, Luis Mirade, Editor.
 1955 *Así cayó Isabel II*, Barcelona, Ediciones Destino.
 1970 *España y los españoles cien años atrás*, Barcelona, Insula.

BLANCHOT, Charles

- 1911 *Memoires — L'intervention française au Mexique*, París, E. Nourry.

Bock, Cari

- 1966 *Prelude to tragedy — The Negotiation and breakdown of the Tripartite Convention of London, October 31, 1861*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

CALLAHAN, James M.

- 1899 *Cuba and international relations*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
 1909 *The evolution of Seward's Mexican policy*, Morgantown, University of West Virginia Press.

CARROLL, Daniel B.

- 1971 *Henri Mercier and the American civil war*, Princeton, Princeton University Press.

CASE, Lynn M., y Warren F. SPENCER

- 1970 *The United States and France — Civil war diplomacy*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

DÍAZ, Lilia

- 1964 *Versión francesa de México — Informes diplomáticos — 1858-1862*, México, El Colegio de México.

EGAN, Clifford L.

- 1971 "An American diplomat in Spain — Selected civil war letters of Horatio J. Perry", en *Lincoln Herald*, LXXXIII.

EIRAS ROEL, Antonio

- 1961 *El partido democrático español — 1849-1868*, Madrid, Rialp.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor

- 1951 *Cánovas — Su vida y su política*, Madrid, Ediciones Ambos Mundos.

FERRER DE COUTO, José

- 1861 *Cuestiones de Méjico, Venezuela y América en general*, Madrid, Impr. de A. Sta. Coloma.

FERRIS, Nathan L.

- 1941 "The relations of the United States with South America during the American civil war", en *Hispanic American Historical Review*, xxi:1 (feb.), pp. 51-78.

Foreign relations

- 1861- (1862-1867) United States, Department of State: *Papers relating to the foreign relations of the United States*, Washington, Government Printing Office. Publicación anual.

FRAZER, Robert W.

- 1948 "Latin American projects to aid Mexico during the French intervention", en *Hispanic American Historical Review*, xxviii:3 (ago.), pp. 377-388.

HERR, Richard

- 1971 *Spain*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall Press.

LEFÉVRE, E.

- 1869 *Documents officiels recueillis dans la Secrétairie privée de Maximilien — Histoire de l'intervention française au Mexique*, Brussels, s.p.i.

MANNING, William R.

- 1939 *Diplomatic correspondence of the United States — Interamerican affairs — 1831-1860*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.

MIQUEL I VERGÉS, J. M.

- 1949 *El general Prim en España y en México*, México, El Colegio de México.

NEWTON, lord

- 1913 *Lord Lyons — A record of British diplomacy*, London.

OWSLEY, Frank L.

- 1931 *King Cotton diplomacy — Foreign relations of the Confederate States of America*. Chicago, University of Chicago Press.

PÉREZ DE ACEVEDO, Javier

- 1933 *Europa y México — 1861-1862*, La Habana, Impr. Rambla, Bouza y Cía.

RICHARDSON, James D. (ed.)

- 1897 *A compilation of the messages and papers of the presidents — 1789-1897*, Washington, Bureau of National Literature and Art.

SANTOVENIA, Emeterio S.

- 1939 "Méjico y España en 1861-1865", en *Revista de Historia de América*, VII (dic.), pp. 39-102.

SAVINHAIC, Louis

- 1888 "L'Espagne et l'expédition du Mexique — Un lettre inédite du Maréchal Prim", en *Revue Historique*, xxvi (enc.-abr.).